

GIRO A LA VISIÓN DE LOS VENCIDOS

ISRAEL JURADO ZAPATA



RESUMEN

Existen diversas visiones y perspectivas para estudiar y entender la conquista de América. En este artículo propongo la recuperación de una mirada en contra de la inevitabilidad del triunfo de Occidente, en contra de la “completitud” de la conquista y la victimización y el derrotismo de los indígenas. Se trata de repensar la conquista como proceso de larga duración y desde la óptica de historia crítica para subvertir los efectos sociales y la preponderancia de los discursos coloniales, que reducen la complejidad de este proceso histórico e invisibilizan a los indígenas en su diversidad, su protagonismo y sus triunfos históricos contra el colonialismo.

Palabras clave: conquista, discurso colonial, historia crítica, colonialidad.

ABSTRACT

Different visions and perspectives exist to study and understand the Conquest of America. Here I propose the recovery of a look against the inevitability of the triumph of the West, the “completeness” of the conquest, the victimization, and defeatism of the indigenous people. It is about rethinking the Conquest as a long-term process and from a critical historical perspective to subvert the social effects. As well as the preponderance of colonial discourses that reduce the complexity of this historical process and make the indigenous people invisible in their diversity, their protagonism, and their historical triumphs against colonialism.

Keywords: Conquest, colonial discourse, critical history, coloniality.



ISRAEL JURADO ZAPATA

Licenciado en Sociología, maestro en Estudios Mesoamericanos y doctor en Historia y Etnohistoria.



Buscando abonar a la llamada “nueva escuela de la Conquista”, cuyas principales características, según Matthew Restall, son una renovación metodológica y el cuestionamiento de viejos y aceptados presupuestos (Restall 2012). Aquí trataré lo que llamo el “giro a la visión de los vencidos”, desde donde se han glorificado, estigmatizado y endiosado personajes históricos protagonistas de este proceso histórico. El principal aspecto a examinar será el sentido de la conquista de México y de América, lo cual, si bien merece un profundo tratamiento, su breve mención coadyuvará a hablar de este giro. La idea central es articular una revisión diacrónica y deconstruir el discurso historiográfico hegemónico (el discurso colonial, la historia oficial), dando paso a la reflexión que permita trascender la “visión de los vencidos”, recuperando algunos elementos que ya han sido expuestos por otros trabajos de investigación.

En este sentido, salvo estudios muy puntuales que han roto con el esquema del “derrotismo” y la indefensión indígena ante la máquina conquistadora (Matthew y Oudijk, 2007; Rojas, 2016; Romero Vargas, 1964), entre algunos otros que podrían conformar una corriente de “reivindicación indígena”, a mi parecer no se han logrado integrar los elementos históricos y antropológicos necesarios para vencer y desmentir definitivamente el discurso colonial de la indefensión y la incapacidad de las sociedades indígenas para conservar su autonomía. Así, a partir de reivindicar el enfoque crítico de Walter Mignolo (2010) para el desprendimiento epistemológico y la descolonización, repensaremos la historia desde el mito de la “completitud

de la Conquista”, referente disruptivo de la historiografía tradicional y los mitos de la conquista española (Restall, 2004), para reflexionar la reducción de la formidable multiplicidad de culturas indígenas que se pretenden eclipsadas, eliminadas por aquel proceso igualmente reducido.

Así pues, para reflexionar la conquista es preciso comprender las dinámicas históricas de las regiones americanas más inestables (políticamente hablando), con surgimientos y caídas súbitas de Estados hegemónicos “agresivos”, militaristas, de religiones con fuertes tintes bélicos (López Austin y López Luján, 2001, p. 71). Esto favorecerá la penetración de los europeos en una fase temprana, pues la conquista debe verse como un proceso de larga duración que abarca varios siglos. En este sentido, diversas propuestas ya han señalado que la conquista de los mexicas, particularmente, puede explicarse como una gran rebelión de pueblos sojuzgados (Semo, 2019b), retomando lo señalado por Friedrich Katz, quien a su vez le llama al episodio: “gran rebelión campesina”. También puede reconocerse como la continuidad de una “dinámica histórica” que había dado forma política a las regiones militarmente más importantes e influyentes del periodo Posclásico (Valle de México, Michoacán, valle Puebla-Tlaxcala, los Altos de Guatemala, la región mixteco-zapoteca y la península de Yucatán), mismas que se agruparían

¹ Con esta idea Semo (2019a, p. 15) expone cómo se suele asumir y reducir el largo y complicado proceso de la conquista y la evangelización a una fecha: 1521, esto a partir de las propias versiones de los conquistadores a quienes les convenía aparentar frente a la Corona, que cada avance, cada campaña, fuesen entendidas como una victoria definitiva, como una conquista acabada, apareciendo ellos mismos como “actores únicos de la hazaña”.

en lo que sería la Audiencia de la Nueva España, a partir del principio de la “pax hispánica”, consolidada con el acompañamiento de potencias militares emergentes como los tlaxcaltecas (o los otomíes en el caso de la expansión hacia el septentrión novohispano), de los imperios derrotados (mexicas y purépechas), que también engrosaron las filas militares de las siguientes expediciones después de 1521, así como por fenómenos económicos, como la aparición de la propiedad privada y colectiva de la tierra, así como la organización de las repúblicas de indios².

Mención especial merecen el agotamiento de los modelos político-tributarios, la constante pugna de los linajes gobernantes por el control de la producción, las sucesiones en los *altépetl* más poderosos y el rápido declive de las hegemonías triple-aliadas, quizá por su composición multiétnica que impedía la cohesión sociocultural. Pero la conquista y destrucción de cada una de estas hegemonías no significaba la eliminación de sus grupos dirigentes o de sus poblaciones, sino su incorporación a nuevos esquemas político-económicos de organización, tal y como ocurriría con los propios mexicas, quienes acompañarían algunas de las expediciones de conquista española, como el desastroso viaje a las Hibueras (Honduras) o la Guerra del Mixtón.

Respecto a esto, Semo hace una importante aportación al señalar cómo, por lo menos durante los primeros 50 años de presencia europea en Mesoamérica, se puede considerar la sobreposición de dos

periodos: el Posclásico Tardío (1200-1521) y el de la conquista, en el que los indígenas conservaron muchas de las motivaciones del pasado reciente (antiguas rivalidades étnicas y pugnas político-económicas), respondiendo a la vez “a los retos planteados por la presencia de los españoles que tardan en comprender íntegramente y colocarlos totalmente fuera de su dinámica anterior” (Semo, 2019b, p. 19). Por ello, y aprovechando parte del análisis del mito de los españoles como “grandes héroes de la conquista” —que caracteriza Restall (2004)—, se puede señalar que son estas fuerzas y no otras (el arrojo e inteligencia de los españoles o la “superioridad de sus armas”) las que permitieron la etapa temprana de la conquista y el tránsito hacia el cambio de época: el fin de las hegemonías seculares y el establecimiento de la “pax hispánica”.

La invasión y ocupación europea del continente americano se ha denominado “conquista” como resultado de una interpretación política que busca minimizar las complejas dimensiones del fenómeno, relativizar el proceso histórico y reducirle obviando su complejidad, condenando al olvido los diversos hechos de resistencia y triunfos indígenas contra los procesos de colonización. Así, se ha proyectado hasta nuestros tiempos un poderoso sentimiento de derrota ante Occidente que alimenta las mentalidades necesarias para asumir la opresión y el subdesarrollo de nuestra región. En la literatura novohispana del primer siglo prevalecen palabras como “entrar”, “destruir”, “ganar por armas”, “pacificar”, “reducir” para hacer alusión a las campañas militares, y “descubrir” y “rescatar oro” para los viajes de exploración; pero las



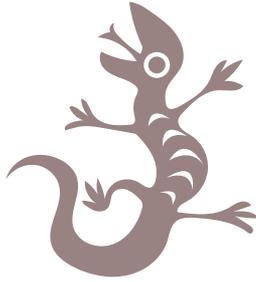
La conquista debe verse como un proceso de larga duración que abarca varios siglos”.

² La República de Indios rompe el vínculo del vasallaje de los indios del común con los antiguos linajes gobernantes y les proporciona una nueva forma de autogobierno democrático: el cabildo del modelo español (Menegus, 1999).

claves interpretativas de “conquista” deben ser reflexionadas en su propio contexto de significación desde una perspectiva de historia de las ideas. Es así que conquista se relaciona con “re-conquista”, como la proeza providencialista culminada por los reyes Católicos con la toma de Granada en 1492, y que se proyecta como sombra sobre la propia conquista de las Indias Occidentales. También hay que considerar que en esa época la historia era sólo un género más dentro de la literatura, por lo que admitía diversas figuras retóricas como hipérbolos y sinécdoques, entre otras, para dar cuenta de los hechos de armas que glorificaran las “hazañas” de los, por entonces, campeones de la cristiandad, los memorables españoles que habían derrotado al Islam.

Pero la conquista de México y América es un largo proceso histórico inacabado y de diferentes intensidades, con inmensas áreas geográficas del continente con dominación europea precaria o inexistente a principios del siglo XIX; con derrotas sobre Occidente y exitosas resistencias indígenas e incluso africanas. Entonces, podemos identificar que entre 1700 y 1850 la mayor parte del continente seguía aún en manos, ocupación y dominio de sus habitantes originarios: los pueblos indígenas, quienes preservaban sus lenguas y sus tradiciones, aun en las zonas realmente dominadas por los europeos, donde se daban expresiones sincréticas y claras permanencias de las tradiciones e identidades indígenas³.

³ Quizá las únicas excepciones a esta regla serían Nueva Francia (en la actual Canadá) y las trece colonias inglesas (en ese momento ya independientes), donde la población amerindia había sido casi erradicada por las guerras y las enfermedades, asimilada a la población blanca o desplazada al interior del continente. Algo peor pasaba en todas las Antillas donde la población fue diezmada por guerras, enfermedades y sistemas de explotación desde principios



Pero las fuentes y sus discursos históricos desde donde hemos aprendido y aprehendido este proceso deben ser entendidas como el “discurso colonial”, pues los hechos que relatan funcionan como índices cuya secuencia tiene un valor indicial, donde sus significados ocupan al menos dos niveles: uno inmanente a la manera enunciada y otro como significado trascendente a todo el discurso histórico transmitido por la temática del historiador, identificado como la forma del significado (Barthes, 1987, pp. 173-174). Estamos ante la visión de Occidente que prevalece sobre los hechos y su interpretación, en las fuentes escritas por indígenas o en las llamadas “crónicas mestizas”, esto es un poco menos, por lo que es importante tener muy presente que “el discurso histórico no concuerda con la realidad, lo único que hace es significarla”, es un esquema semántico integrado por dos términos: el referente y el significante, cuya conjunción define al

del siglo XVI. En la costa atlántica de Brasil, los indígenas también habían sido desplazados al interior de la selva, asimilados o abrumados por la avalancha de poblaciones africana y europea. Por supuesto, hay otros casos más diversos como los indios cunas de Panamá, que sustituyeron a la población originaria erradicada por los europeos, o los indios de las Californias, que habiendo sido el lugar con mayor diversidad lingüística del continente (López Austin, 2001) terminó con su población diezmada para esta época a causa de las enfermedades, aun habiendo pocos colonos europeos.

⁴ Jorge Klor de Alva llama discurso colonial a los “modos de hablar, escribir, pintar y comunicarse que permitieron que las ideas pasaran de un discurso (o registro delimitado de signos, códigos y significados) a otro, con el objeto de autorizar y posibilitar los objetivos del control colonial y destruir las estrategias de resistencia y adaptación al mismo” (1992, p. 339).

⁵ Para más información sobre esta categoría de las fuentes consultar los trabajos de Valeria Añón (2011), “Memoria rota, tensión y armonía en crónicas mestizas novohispanas”, en *Orbis Tertius*, núm. 17, año 16, Universidad Nacional de la Plata, y Enrique Florescano (2002), “Sahagún y el nacimiento de la crónica mestiza”, en *Relaciones*, núm. 91, vol. XXIII, Conaculta; entre otros.

La conquista de México y América es un largo proceso histórico inacabado y de diferentes intensidades, con inmensas áreas geográficas del continente con dominación europea precaria o inexistente a principios del siglo XIX



discurso (Barthes, 1987, pp. 175 y 176).

Resulta central la idea del discurso colonial, que se posiciona como hegemónico en América, discurso histórico de la civilización Occidental y su “triunfo” sobre los indios, en donde el proceso de significación intenta llenar de sentido la historia a través de la recopilación de más significantes que de hechos, los cuales organiza y establece con un sentido positivo; por lo que, por la propia estructura y más allá de la sustancia del contenido, este discurso histórico “es esencialmente elaboración ideológica” (Barthes, 1987, p. 174). Y aquí yace la base del “mentiroso” discurso de la “historia oficial”, heredera directa del discurso colonial, que ha sido eje en la configuración del imaginario colectivo, alimentando el sentido profundo del derrotismo, de la inevitabilidad del triunfo de Occidente y la justificación de nuestro atraso, dependencia y subdesarrollo.

En este sentido, debemos alimentar la escritura de la historia como un territorio en disputa permanente, pero no entre la visión de los vencidos y la de los vencedores, sino entre la visión de los invasores y la de los pueblos que resisten y se reivindican en una nueva memoria histórica. Se trata de terminar con el dominio de la historia y de la memoria histórica “oficiales” promovidas y difundidas desde el poder, y reconocer que ha sido una historia “construida desde los olvidos, los silencios y los lapsus de

la historia y de la memoria oficiales dominantes (Aguirre, 2021, p. 14); para así poder reconocer, con mayor claridad, que durante los primeros trescientos años del proceso de conquista la actitud de los europeos para con los grupos indígenas varió según su estatus como indios de paz o indios de guerra, donde los segundos eran repudiados pero temidos por su capacidad de amenaza sobre los intereses económicos occidentales, aunque también los primeros contaban con la posibilidad de acceder a la “justicia” ante abusos y maltratos de los europeos.

También que ni el epistemicidio provocado con la destrucción de “bibliotecas”, la muerte masiva de sabios por las epidemias, la persecución religiosa de antiguos rituales, ni el proceso de evangelización lograrían acabar con las culturas indígenas, lo cual nunca fue la pretensión de los españoles, que fue difundir los valores judeocristianos y de república; de hecho, estas culturas se mantendrían con sus lenguas vernáculas y sus cosmogonías, ya sincréticas unas⁶, o bien, poco alteradas por aquellos procesos al ser autónomas (los nómadas) hasta el siglo XIX, en que iniciaría su persecución y erradicación total en aras del progreso civilizatorio y la construcción de los Estados nacionales.

⁶ El trabajo más reconocido sobre la evangelización indígena y los procesos de sincretismo alcanzados es de Robert Ricard, *La conquista espiritual de México* (1986), México, segunda edición del FCE.

COMPLETITUD DE LA CONQUISTA Y LAS RESPUESTAS INDÍGENAS A LAS INVASIONES EUROPEAS

Tanto la obra de Enrique Semo como otros trabajos dedicados a describir a las sociedades amerindias en el contexto del siglo XVI, han coincidido en contrastar sus “grandes diferencias en el nivel de desarrollo cultural”. Así, por un lado, estaban las sociedades primitivas de cazadores recolectores como los chichimecas, los “californios”, los habitantes de las grandes llanuras norteamericana y pampeana y los moradores de las grandes selvas húmedas de Centro y Sudamérica. Por el otro lado, estaban las “altas culturas” estratificadas de Mesoamérica y del Perú, y las sociedades con “cierto grado de organización social”, como los arahuacos de las Antillas, los muiscas de Colombia o los mapuches de Chile; todos invariablemente “incapaces de hacer frente a la tecnología militar de las armas de fuego”, según concluyen tales trabajos, incluyendo el del propio Semo (2019a).

Pero la capacidad de resistencia que demostraron los pueblos “bárbaros”, los pueblos nómadas, los “más primitivos” del continente, es innegable, pues resistieron la penetración de sus territorios hasta finales del siglo XIX. Estos “indios de guerra”, díganse chichimecas, yaquis, seminolas, lakotas, cheyenes, kiowas, sioux, apaches y comanches, en la América septentrional; chontales, ixiles, lacandones y mizquitos, en la América central; pijaos, chirihuanos, chunchos y mapuches, por mencionar algunos de los más aguerridos en la región andina; caribes de la cuenca del Orinoco, infinidad de pueblos selváticos indómitos



Se trata de terminar con el dominio de la memoria histórica oficial promovida y difundida desde el poder”.

de la cuenca del Amazonas, temidos aún a principios del siglo XX; o ranqueles, puelches y tehuelches en la región pampera de América del sur, por mencionar sólo algunos de los ejemplos más emblemáticos. Nunca pudieron ser sometidos por las fuerzas imperiales de Occidente, sino hasta que la invasión de sus territorios fue imparable por la migración masiva desatada desde Europa y alentada por las naciones americanas durante todo el siglo XIX, en la que desbordaban millones de pobres y desposeídos europeos con la promesa de obtener tierras en América para sobrevivir. Esto desataría serios conflictos por la tierra y los recursos⁷.

El “mito de la completitud de la Conquista” planteado por Mathew Restall y Enrique Semo, con el que los españoles integrarían su historiografía “triumfalista sobre los indios” y que explota ideas como la versión sobre las diferencias tecnológicas y la “superioridad cultural” de Occidente sobre los indígenas (con diversos “grados de desarrollo”), cobra importancia por ignorar la inventiva y capacidad de respuesta que las sociedades en general muestran para sobrevivir ante la adversidad⁸; pujanza y capacidad

⁷ Olivia de Coll (1979) y su trabajo sobre las formas de resistencia en diferentes intensidades da cuenta de esto (Semo, 2019a, p. 17).

⁸ Un ejemplo de esto, aunque literario, es la determinación de Enriquillo, último cacique ciguayo de La Española, quien tomando las armas en franca rebelión, idearía cómo proteger su cacicazgo, el Bahoruco, con obstáculos naturales que eliminaran la ventaja que representaban los caballos, y aún más, mandaría a elaborar petos de fibra de ixtle hecha nudos para sus hombres, mucho más ligeros e igual de resistentes que las armaduras españolas, lo cual les permitió moverse con mayor agilidad en batalla y vencer todos los intentos por reducirles. Cabe señalar que sería el mismo Carlos V quien otorgaría a Enriquillo

de respuesta y resistencia indígena antes de verse corrompida por la abyección de los procesos de colonización que, a partir de mediados del siglo XIX, los habrían de llevar al exterminio o a las condiciones de marginación y pobreza que hoy les aquejan después de los últimos doscientos años de etnocidio y colonialismo interno⁹.

La capacidad indígena de derrotar a los europeos y de contener la penetración del continente es un hecho observable, sobre todo a principios del siglo XIX, cuando extensas regiones de América seguían en manos de los grupos autóctonos desde Alaska hasta la Tierra del Fuego¹⁰. Entonces, ¿cómo terminaron desterradas o exterminadas las sociedades indígenas de sus

territorios ancestrales para verse borradas del mapa o marginadas en la actualidad? La conquista debe verse como un asunto hasta ahora no concluido, como bien lo señala el propio Semo (2019b), como un proceso de larga duración, complejo, de diversas intensidades, aún en los territorios realmente ocupados por Occidente; o como un logro indígena, tal y como ya lo han planteado Katz (1998) y Matthew Restall y Michel Oudijk (2007), entre otros. Haciendo alusión a que fueron “indígenas aliados” los que hicieron posible la proeza, panorama que se oscurece con los efectos de la defunción masiva provocada por las epidemias hasta entonces desconocidas en América; o bien con la “pax hispánica” y la reinención de los naturales de antiguas civilizaciones precolombinas en las Repúblicas de Indios, donde fue efectiva la evangelización —como proceso de sincretismo— y aparecieron nuevos y relevantes aspectos político-económicos como la propiedad colectiva de la tierra, el cabildo y las cofradías, así como la monetarización de la economía.

Por otra parte, la irrupción española y europea en otras regiones no significaría la interrupción de la historia indígena, sino la continuidad de las dinámicas de los dos periodos que se entrelazaban y superponían: el Posclásico Tardío y la conquista (Semo, 2019, vol. II, p. 17), imbricación espacio-temporal que llevaría a los indígenas a repensarse en la historia que se reescribía ya en el contexto colonial. Pero esta historia de la conquista debe considerar más periodos, razón por la cual debe ser reconocida como un proceso de larga duración. Una segunda etapa, tan sólo en la Nueva España, es la irrupción colonizadora en el semi-desierto mexicano en busca de minerales preciosos y de las Siete Ciudades de Oro o de Cibola, periodo que podemos reconocer como proceso hasta las exploraciones y coloniza-

la Real cédula de su libertad y la de todos sus ciguayos para dar fin a la rebelión. Galván, M. J. (1976). *Enriquillo, leyenda histórica dominicana (1503-1533)*. México: Porrúa (primera edición Barcelona, 1882). Aunque más allá de los petos de fibra, posibles elementos de la imaginación de Galván, la adhesión de negros libertos pudo haber influido más en el triunfo de la rebelión.

Por su parte, el propio Hernán Cortés demuestra su reconocimiento hacia los indígenas en su tercera cartarelación del 15 de mayo de 1522, donde dice a Carlos V: “... cómo los naturales de estas partes eran de mucha más capacidad que no los de las otras islas, que nos parecían de tanto entendimiento y razón cuanto a uno medianamente basta para ser capaz, y que a esta causa me parecía cosa grave por entonces compelerlos a que sirviesen a los españoles de la manera que los de las otras islas” (Cortés, 2002, p. 216).

⁹ El desarrollo que hace de este concepto Pablo González Casanova (2006) en “Colonialismo interno”, en *Sociología de la explotación*, Buenos Aires: CLACSO, es de los que más luz dan al presente trabajo.

¹⁰ Un estudio de la Universidad Estatal de Luisiana realizado por Sam B. Hilliard, “Indian Land Cessions”, ilustra dramáticamente cómo aún para 1784 el 80% de lo que hoy es el territorio de los Estados Unidos seguía siendo “tierras nativo-americanas” o territorio indio, que se redujeron hasta el 5% bajo la forma de “reservaciones” durante el siglo XIX. Hilliard, S. B. (1971). “Indian Land Cessions West of the Mississippi”, en *Journal of the West*, 10 (3), 493-510; también González, D. (31 de julio, 2020). “Las reservas indias de Estados Unidos, un Estado dentro del Estado”, en *Fronteras* (<https://fronterasblog.com/2020/07/31/las-reservas-indias-de-estados-unidos-un-estado-dentro-del-estado/>), estos trabajos bien pueden ejemplificar lo ocurrido con los territorios indígenas desde el mismo siglo al que me refiero aquí.

La capacidad indígena de **derrotar a los europeos** y de contener la penetración del continente **es un hecho observable**, sobre todo a principios del siglo XIX



ción de la Alta California a principios del siglo XVIII, que se caracterizó por el sistema de presidios, una escuálida evangelización, poca presencia de colonos blancos y el constante conflicto con los “bárbaros” indómitos y domadores del caballo.

Por esta razón, es preciso reconocer un tercer periodo de conquista desbordado desde principios del siglo XIX, intenso y dinámico, caracterizado por los millones de colonos europeos y asiáticos (en menor medida), quienes nutrirían constantemente las filas de los ejércitos nacionales y regionales que ejecutarían masacres, matanzas y acciones de exterminio, principalmente en Estados Unidos, Argentina, Uruguay y Brasil, y perseguirían al indio por el simple hecho de “ser indio”, poniéndole precio a su cabellera, mismo que el propio gobierno norteamericano pagaba con dinero de los ciudadanos civilizados. En México, Guatemala, Perú, Bolivia, Ecuador y Paraguay los modelos de nación que se buscaron también plantearon la necesidad de desaparecer al indio, reducirlo a la esclavitud o, en el mejor de los casos, a peón acasillado. Entonces se combatió su autonomía, su cultura y su posesión colectiva de la tierra.

CONCLUSIONES

¿Qué trascendencia tiene el diferenciar entre conquista o invasión?, ¿qué importancia tiene el llamarle colonias a lo que fueron en realidad virreinos?, ¿cuál es la necesidad de repensar la conquista para América Latina? Primero se requiere identificar al proceso como un fenómeno

de larga duración, complejo, multifactorial y de diversas intensidades en una relación directamente proporcional al tipo de sociedades indígenas que lo enfrentaron en diversas épocas, que hoy es un proceso aún no acabado. Destaca aquí una de las aportaciones más importantes del trabajo de Semo: su análisis de los verdaderos alcances históricos y políticos de la conquista entre los pueblos indígenas, donde acertadamente señala que

La persistencia de una Nueva España no conquistada o conquistada a medias, se disimula también en muchas de las llamadas “rebeliones” que sugieren que los indios rebeldes estaban rompiendo los pactos de su sumisión inicial. En realidad, muchas acciones indias eran la continuación de guerras de baja intensidad, expresión de una soberanía desafiada por invasores extranjeros pero no totalmente vencida [...] La así llamada conquista de la Nueva España nunca llegó a ser completa y en las propias mentes de los españoles su dominio era bastante frágil, lo que producía el miedo endémico a una rebelión indígena masiva que acabaría en una matanza generalizada de españoles que existió a lo largo de toda la colonia¹¹.

¹¹ Semo (vol. II, 2019, p. 17). La breve pero amenazante Guerra del Mixtón, de que da buena cuenta fray Antonio Tello en su *Crónica miscelánea de la santa provincia de Xalisco*, fue claro ejemplo de esta amenaza. Aunque para este historiador los factores de “superioridad militar, política y organizativa” de los españoles juegan un papel de central importancia, lo cual en esta propuesta requiere ser evaluado por lo menos desde dos perspectivas, a saber: 1) que las armas de Carlos V nunca se midieron con las de

Es preciso **repensar esta historia** desde la perspectiva de la historia crítica **para construir una pedagogía de la memoria histórica**



Resulta importante comprender que, así como muchos pueblos indígenas desaparecieron con la llegada de los europeos (por ejemplo, los arahuacos, taínos, boricuas, lucayos y caribes de las Antillas), una gran diversidad de pueblos pudo permanecer y afrontar este devenir histórico en el contexto colonial y del capitalismo embrionario, por lo menos hasta la época de las independencias americanas, a partir de lo cuál sería arrasada dicha diversidad. Pero esta capacidad indoamericana de resistencia y permanencia en los territorios ancestrales o bien como desplazados en otros nuevos territorios, ha sido negada, un tanto por la leyenda negra, otro tanto por los liberales del siglo XIX, cuyos proyectos de nación no podían aceptar la existencia de estos grupos sociales, aun siendo mayoritarios demográficamente hablando, por lo menos en México, Perú, Bolivia y Guatemala¹²; otro tanto más por el discurso neocolonial y la negación actual del indígena como sujeto histórico. Por ello, es preciso repensar esta historia desde la perspectiva de la historia crítica para construir una pedagogía de la memoria histórica que nos enseñe sobre colectiva-

des capaces de defenderse y prevalecer ante la amenaza del colonialismo.

El planteamiento de Semo respecto de la conquista inconclusa o sin fin resulta de central importancia, pues caracteriza los tipos de relaciones que se daban entre europeos y grupos indígenas autónomos, tanto en las regiones fronterizas de los virreinos, como en sus corazones mismos. Otro muy acertado señalamiento que hace sobre las fuentes es que se califiquen de rebeliones a conflictos, que en realidad eran la prolongación de luchas por conquistas inacabadas, como si aquellos nativos hubiesen alguna vez entregado la obediencia (Semo, 2019, vol. II). Aquí, el concepto de colonialidad “ha abierto la reconstrucción y restitución de historias silenciadas, subjetividades reprimidas y lenguajes y conocimientos subalternizados por la idea de Totalidad definida, bajo el nombre de modernidad y racionalidad” (Quijano, citado en Mignolo, 2010, p. 14); la historia crítica permite repensar los procesos históricos, para, desde esto, avanzar hacia una descolonización del conocimiento creando propias perspectivas de estudio que modifiquen las relaciones epistemológicas centro-periferia (Mignolo, 2010). Resulta necesario articular nuevas narrativas, repensando el pasado histórico, para romper con la narrativa colonizante y el discurso nacionalista.

BIBLIOGRAFÍA

Aguirre, C. A. (2021). Clío, Minerva y Prometeo ¿Qué historia es necesaria para los movimientos antisistémicos actuales? *HistoriAgenda*, (42), cuarta época.

los mexicas, como sí lo hicieron en contra del “turco” y el Imperio otomano, y 2) lo que ya se ha argumentado arriba sobre la capacidad indígena de neutralizar las ventajas de las armas de fuego, la artillería y la caballería, así como la adaptación europea a formas de guerra indígena. Esto último salvó la vida a los españoles en la célebre batalla de Otumba, en 1520.

¹² Aunque débilmente recuperada de la catástrofe demográfica del siglo XVI, la población indígena, al menos en América Latina, nunca dejó de ser mayoritaria durante el periodo virreinal; salvo virreinos como el de Río de la Plata, donde la densidad demográfica indoamericana siempre fue baja en comparación a los Andes centrales o Mesoamérica (López Sarrelangue, 1963).

Barthes, R. (1987). "El discurso de la historia". En R. Barthes, *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*. Buenos Aires: Paidós.

Cortés, H. (2002). *Cartas de Relación*. Nota preliminar de Alcalá, M. México: Porrúa.

Rojas, J. L. (2016). Los indios novohispanos en la evangelización: ¿imposición o adaptaciones?. *Revista Española de Antropología Americana*, 46, pp. 141-154. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.5209/REAA.58291>

García, R. (1998). *La leyenda negra: historia y opinión*. Madrid: Alianza.

Gibson, C. (1967). *Los aztecas bajo el dominio español 1519-1810*. México: Siglo XXI-FCE.

González, P. (2006). "Colonialismo interno". En *Sociología de la explotación*. Buenos Aires: CLACSO.

Graulich, M. (2014). *Moctezuma, apogeo y caída del imperio azteca*. México: Era/INAH.

Hemming, J. (2000). *La conquista de los incas*. México: FCE.

Klor, J. (1992). El discurso nahua y la apropiación de lo europeo. En M. León Portilla, M. Gutiérrez, et. al. (eds.), *De palabra y obra en el nuevo mundo. Imágenes interétnicas*, vol. 1. México: Siglo XXI.

Lockhart, J. (1999). *Los nabuas después de la Conquista. Historia social y cultural de la población indígena del México central, siglos XVI-XVIII*. México: FCE.

López Austin, A. y López Luján, L. (2001). *El pasado indígena*. México: Colmex/FCE.

Matthew, L. E. y Oudijk, M. R. (eds.) (2007). *Indian Conquistadors. Indigenous Allies in the Conquest of Mesoamerica*. Oklahoma: University of Oklahoma Press: Norman.

Menegus, M. (1999). El gobierno de los indios en la Nueva España, siglo XVI. Se-

ñores o cabildo. *Revista de Indias*, 59 (217).

Mignolo, W. (2010). *Desobediencia epistémica: retórica de la modernidad, lógica de la colonialidad y gramática de la descolonialidad*. Argentina: Ediciones del Signo.

O'Gorman, E. (1995). *La invención de América. Investigación acerca de la estructura histórica del Nuevo Mundo y del sentido de su devenir*. México: FCE.

Pérez, J. L. (2013). Indígenas guerreros de la Nueva España del siglo XVI: la representación de sí mismos como conquistadores. *Fronteras de la historia*, 18-1, pp. 15-43.

Pérez Rocha, E. y Tena, R. (2000). *La nobleza indígena del centro de México después de la conquista*. México: INAH.

Quijano, A. (1991). Colonialidad y modernidad/racionalidad. *Perú Indígena*, 29 (13) Lima.

————— (2000). "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". En E. Lander (comp), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: CLACSO. Recuperado de: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/lander/quijano.rtf>

Restall, M. (2004). *Los siete mitos de la conquista española*. Barcelona: Paidós.

Romero Vargas, I. (1964). *Moctezuma el magnífico y la invasión de Anabuak*. 3 volúmenes. México: Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.

Semo, E. (2019a). *La Conquista. Catastrofe de los pueblos originarios. Volumen I. Los actores: amerindios y africanos, europeos y españoles*. Ciudad de México: UNAM-Siglo XXI Editores.

————— (2019b). *La Conquista. Catastrofe de los pueblos originarios. Volumen II. La invasión del Anáhuac, Gran Septentrión y sur-sureste*. Ciudad de México: UNAM-Siglo XXI Editores.

Taboada, H. (2004). *La sombra del Islam en la conquista de América*. México: FCE.